

## El testimonio de Baltasar Alvarez de Orobio sobre la peste de Málaga en 1637

El autor del poema *Epilogo de lo que passó en la peste de la ciudad de Málaga este año de 1637*, Baltasar Alvarez de Orobio (c. 1616-87), más conocido bajo el apellido Orobio de Castro, perteneció a una de las tantas familias de «cristianos nuevos» portugueses radicadas en Andalucía desde los comienzos del siglo XVII. Morador de Málaga, estudió medicina, primero en Osuna, luego en Alcalá de Henares, donde cursó también estudios teológicos, hasta obtener finalmente un cátedra de medicina en la Universidad de Sevilla. Acusado de judaizante, preso y reconciliado por la Inquisición, huyó de España y, después de una breve estancia en Francia, donde enseñó en Tolosa y sirvió además de médico y consejero real, se refugió definitivamente en Amsterdam. Aquí se integró abiertamente en el judaísmo, adoptó el nombre de Isaac y fue miembro activo de la próspera y floreciente comunidad judeo-portuguesa de aquella ciudad. En Amsterdam descolló como uno de los prominentes apologistas sefaradíes del siglo XVII. Su importante y variada obra literaria, de carácter teológico y filosófico, despertó profundo interés en el ámbito intelectual holandés<sup>1</sup>.

El poema que aquí publicamos es una de las pocas obras

1 Sobre Orobio de Castro vide los trabajos de I. S. Révah, *Spinoza et Juan de Prado* (Paris - La Haya 1959); 'Aux Origines de la Rupture Spinoziënne; nouveaux documents sur l'incroyance dans la communauté judéo-Portugaise d'Amsterdam à l'époque de l'excommunication de Spinoza', *REJ* 123 (1964) 359-431; 'Aux origines de la rupture spinoziënne; nouvel examen des origines du déroutement et des conséquences de l'affaire Spinoza-Prado-Ribera', *Annuaire du College de France* 70 (1970) 562-68; 71 (1971) 574-89; 72 (1972) 641-53, y Y. Kaplan, *Isaac Orobio de Castro y su círculo* (en hebreo), de próxima aparición.

escritas por Orobio en España. Impreso en Málaga en 1637<sup>2</sup>, sirve no sólo como fiel testimonio de los trágicos acontecimientos que azotaron a esta ciudad durante la feroz epidemia que estalló por aquel año, sino que ilumina dramáticamente la conflictiva situación de un converso y la ambigüedad de sus sentimientos y convicciones.

Detrás del aparente fervor cristiano que se manifiesta en estos versos, se percibe una sutil y aguda crítica a las creencias y convicciones religiosas de la sociedad andaluza de aquella época. El poema está compuesto de 65 octavas de versos endecasílabos (octavas reales u octavas heroicas), precedidas por dos estrofas de 10 y 8 versos respectivamente, dedicadas al Colegio de la Madre de Dios de los Teólogos de la Universidad de Alcalá de Henares, en el cual estudió en esa época. El lector hallará en el poema una viva y vehemente descripción de la epidemia de la peste de Málaga del año 1637 y sus múltiples víctimas. De esta minuciosa descripción cabe deducir que Orobio fue testigo ocular de los intensos sufrimientos que afligieron a Málaga durante la epidemia. Su familia vivía entonces en Málaga y es de suponer que también Orobio se encontraba allí, tal vez por su deseo de permanecer junto a los suyos en la hora de la grave desgracia que acosó a la ciudad<sup>3</sup>. En aquel tiempo ya tenía en su haber cuatro años de estudios de medicina y cabe suponer que pudo ofrecer su colaboración a los médicos del lugar que atendían a los contaminados. El poema describe con lujo de detalles lo que acontecía en los hospitales y es un testimonio de su gran conocimiento de la situación que en ellos reinaba.

Epidemias de peste azotaron duramente a la población de España del siglo XVII. Múltiples factores contribuyeron a ello. Entre éstos corresponde mencionar el deterioro económico que sumió a la mayoría de la población en la subalimentación. Este deterioro explica más que ninguna otra

2 En la imprenta de Juan Serrano de Vargas y Urueña. El único ejemplar conocido hasta ahora del libro se encuentra en Nueva York, en la biblioteca de la *Hispanic Society of America*. Révah fue el primero en referirse a esta obra en su mencionado trabajo, publicado en el *Annuaire du College de France* 70 (1970) 568. Agradezco a la *Hispanic Society of America* haberme permitido publicar el poema.

3 Sobre esta epidemia en Málaga vide A. Hernández Morejón, *Historia Bibliográfica de la Medicina Española* (Madrid 1842-50), V, 63.

razón la dimensión mortífera de las epidemias en la península ibérica de aquel período. A esta causa debemos sumar la pésimas condiciones sanitarias que predominaban en la mayoría de las regiones de España <sup>4</sup>.

El poema de Orobio comienza con una descripción de la eclosión de la epidemia, de sus primeras víctimas, de su creciente extensión y de las primeras medidas tomadas para contenerla. Durante los primeros días aún no hubo certeza sobre lo que estaba aconteciendo, pero las noticias cundieron rápidamente entre la población al cobrar la epidemia sus primeras víctimas. La carencia de alimentos con todo lo que esto implicaba es descrita por Orobio con suma precisión (p. 3r, l. 1-8). Presenta asimismo la reacción popular al extenderse el mal. La gente indaga en sus acciones, «cada qual mira lo que al Cielo deve», y comienza a comportarse con mayor humildad y contricción (p. 2v, l. 17-24). A la cabeza de los que van en socorro de los enfermos se halla el Marqués de la Rosa, quien desafía los peligros de la permanencia entre los afectados (p. 3r, l. 17-24).

Se levanta un hospital especialmente dedicado a proporcionar medicinas y alimentos a los enfermos. Se crea a la vez un fondo común que tiene por objetivo suplir las carencias. Los regidores «con cristiano intento» velaban por todo aquello que podía aminorar el sufrimiento y el dolor de la población. Grande fue el tormento. Los enfermos condenados a su soledad no disponían del socorro de sus padres, hijos y parientes, quienes por temor al contagio no los visitaban; los hombres huían de sus hogares abandonando a sus mujeres agonizantes; quienes se refugiaban en las comarcas vecinas retornaban contaminados y se entregaban a la gracia divina (p. 3r-4r).

Un hecho contado por Orobio nos revela las tensas relaciones reinantes en la ciudad entre los cristianos y la población mora que residía en ella: una mujer reclama ser bautizada, en la esperanza de salvarse así de la peste y entonces

<sup>4</sup> Vide J. Vicens Vives, *Historia Económica de España* (Barcelona 1964) 394 ss.; J. Reglá, 'La Epoca de los dos últimos Austrias', en J. Vicens Vives, *Historia de España y América* (Barcelona 1961), III, 261; B. Bennassar, *Recherches sur les grandes épidémies dans le nord de l'Espagne à la fin du XVI siècle* (Paris 1969).

un moro, presente en el lugar mientras el cura se dispone a administrarle el sacramento, intenta impedirselo por la fuerza. Los gritos del cura agredido despertaron la furia del populacho que atacó a los moros de la ciudad hiriendo y matando a muchos de entre ellos (p. 4v). Este episodio viene a corroborar lo que ya nos es conocido por otras fuentes: incluso después de la forzada conversión de los moros en 1502 y de la expulsión de los moriscos en 1609, seguía existiendo en España una población musulmana. Además de aquellos moriscos que permanecieron en el reino, a pesar de la orden de expulsión, entre quienes no faltaban los que no ocultaban su apego al Islam, se hallaban también en España prisioneros berberiscos y turcos, muchos de los cuales fueron convertidos en esclavos<sup>5</sup>. Los desmanes no terminaron allí. Entre la población cristiana de Málaga cundió el rumor que una escuadra musulmana aparentemente de Noráfrica se apresta para atacar e incendiar la ciudad. Este rumor desencadenó el fanatismo y la sed de venganza de la enfurecida población y muchos se movilizaron para desbaratar el peligro que acechaba desde el mar (p. 4v).

Tampoco está ausente en el poema el tema de los «portugueses». En el mismo día en que se organiza una escuadra para salir al encuentro de los moros que se acercan para atacar la ciudad, un grupo de portugueses se aprestaba a abandonar el puerto de Málaga para retornar a su patria. Cuando ya se habían embarcado fueron atacados por habitantes del lugar, quienes los despojaron de sus bienes e hirieron a varios de ellos (p. 5v). En cuanto la noticia de la agresión llegó a oídos del Marqués ordenó ahorcar a dos de los malhechores y azotar a los restantes (p. 6r, l. 1-8).

No es difícil suponer quiénes fueron estos «portugueses». Como es sabido, el término «portugués» se usaba para designar a los conversos de origen judío, a consecuencia del gran alcance de la emigración de los «cristianos nuevos»

5 Sobre la expulsión de los moriscos vide H. Lapeyre, *Géographie de l'Espagne Morisque* (Paris 1959) passim; J. H. Elliot, *Imperial Spain 1469-1716* (Penguin Books, 1970) 305-8; sobre la permanencia de moriscos en suelo español vide Lapeyre, *ibidem*, 209 ss.; y sobre la existencia de una población berberisca y musulmana en Andalucía durante el siglo XVII y en especial en Sevilla vide A. Domínguez Ortiz y F. Aguilar Piñal, *Historia de Sevilla IV* (Sevilla 1976) 46 ss.

de Portugal a España en el siglo XVII <sup>6</sup>. No cabe, pues, ninguna duda que el grupo de lusitanos a quienes se refiere Orobio en su poema no era sino un grupo de conversos de origen portugués que se estableció en Andalucía a comienzos de aquel siglo, como la propia familia Alvarez de Orobio. Toda la simpatía de Orobio se dirige hacia el Marqués de la Rosa, que hizo justicia castigando a los delincuentes.

Al referirse a los lusitanos no menciona para nada su afinidad con la comunidad de «cristianos nuevos» y obviamente nada hay que nos indique en sus palabras acerca de probables actos judaizantes entre ellos. Sin embargo, no hay duda que el ataque perpetrado contra los lusitanos durante la epidemia sólo puede ser explicado a la luz de la lucha contra la herejía mora. Esta lucha, que encendió el fanatismo religioso de la población local contra todos los sospechosos de herejía, también fue dirigida, según parece, contra los portugueses. Más aún: el vínculo entre la guerra contra los moros y los desmanes contra los lusitanos surge asimismo del propio poema. De lo que cuenta se desprende que el ataque contra estos últimos fue llevado a cabo en el mismo día en que la escuadra salió al encuentro del enemigo musulmán <sup>7</sup>.

Mas no debe sorprendernos que Orobio evitara vincular, ni siquiera insinuar, el posible vínculo entre las causas de la lucha contra los moros y los desmanes contra los lusitanos. Tal cosa sólo hubiese complicado su propia situación, al suscitar sospechas sobre su afinidad con los «cristianos nuevos». Orobio era por aquel entonces alumno de uno de los colegios menores de teología de la Universidad de Alcalá de Henares, institución en la cual regían los «estatutos de limpieza de sangre» y cabe preguntarse en qué medida pudo permitirse una mayor franqueza en su descripción, que obviamente podía interpretarse como una identificación con sus compatriotas portugueses sospechosos de judaizantes. Pero precisamente este elocuente silencio en los años en que

<sup>6</sup> Vide M. Herrero García, *Ideas de los Españoles del siglo XVII* (Madrid 1966) 137 ss.; H. Beinart, 'The Converso Community in 16th and 17th century Spain', *The Sephardi Heritage I* (London 1971) 474; Y. H. Yerushalmi, *From Spanish Court to Italian Ghetto* (Nueva York-Londres 1971) 10 ss.

<sup>7</sup> P. 5v; l. 9: 'Quando unos lusitanos este día'.

nos es conocido su profundo vínculo con el judaísmo —religión que profesó clandestinamente junto con sus familiares—, puede ser la clave para comprender su situación de converso, que vive a la vez en dos mundos: públicamente proclama su apego al cristianismo y en la clandestinidad profesa la fe de una comunidad perseguida y discriminada. El poema es parte de la realidad que Orobio pretende aparentar, pero entre líneas se filtra su condición de converso. Las referencias al sufrimiento de los portugueses durante la epidemia y su manifiesta simpatía hacia ellos son una revelación de su auténtica identidad. Para eliminar toda sospecha de la Inquisición, ya que por su origen está expuesto a ser acusado de herejía, insiste en elogiar y glorificar a la Iglesia y a sus sacerdotes. A lo largo de todo el poema recalca la abnegación de curas y frailes, quienes expusieron sus vidas para salvar a la población de la gran desgracia que se precipitó sobre la ciudad; el obispo asiste al marqués en la atención de los afectados por la peste (p. 7r). El cabildo eclesiástico designa a dos prebendados para socorrer a los necesitados (p. 7v). Los capuchinos no se dejan amilanar por el peligro de muerte que los acecha y reparten dádivas entre los indigentes muriendo dieciocho monjes en el hospital mientras asisten a los enfermos; del mismo modo se comportan los carmelitas (p. 8v).

Orobio no olvida mencionar el poder oculto en el pan divino, y pregona con entusiasmo el fervor religioso que se apoderó de los habitantes de Málaga, que levantaron altares a la Virgen en las calles de la ciudad; estrofas impregnadas de piadosa fe dedica a San Bernardo y a San Francisco de Asís cuya intercesión, según él, pone fin al horrible mal (p. 11r-v).

En el día de Santa Ana (26 de julio), la ciudad por fin respira con alivio gracias a las plegarias que elevó a su nieto Jesús (p. 12r) y en el día de la Virgen de la Asunción (15 de agosto) cierra sus puertas el primer hospital erigido durante la peste, hecho que señala a Málaga rescatada de la epidemia.

También el rey de España, Felipe IV, merece elogios por su gran ayuda a las víctimas. En las difíciles jornadas, cuando tuvo que solventar con el dinero de su tesoro los gastos

que causaron las guerras, contribuyó con 30.000 ducados para los necesitados y afectados por la peste. Toda la afligida población de la ciudad agradeció al rey su generosidad (p. 6r-v). Mientras la ciudad aún restaña sus heridas y la vida retorna gradualmente a su cauce, ya hay quienes intentan hacer el recuento de las víctimas: algunos calculan el número de los muertos en 15.000 a 16.000; otros muchos multiplican este número (p. 12v).

El poema de Orobio abunda en detalles que nos revelan las costumbres y creencias que afloraron entre los hombres del pueblo durante la epidemia: por las noches se organizaban procesiones y los participantes se flagelaban con espinas o se ataban con cuerdas y se arrastraban de rodillas (p. 6v).

Cabe preguntar si Orobio, forzado por su condición de «cristiano nuevo», exterioriza en su poema su total sometimiento a las exigencias que le imponía la realidad, aparentando ser un fiel y devoto cristiano. ¿El poema es acaso sólo una máscara que tiene como propósito ocultar la verdadera faz de Orobio el judaizante? No cabe duda que la respuesta a este interrogante es afirmativa. Los obvios símbolos cristianos de los que está impregnando el «Epílogo» no dejan lugar a ninguna otra interpretación<sup>8</sup>. Creo, sin embargo, que por lo menos en una estrofa del poema Orobio abandona su actitud sumisa y encara con contenido rigor a la sociedad cristiana de Málaga (p. 2v, l. 1-8).

La Causa inmensa, y Causa no causada,  
por delitos humanos ofendida,  
pretende a esta Ciudad, ya desolada,  
dar con justicia más constante vida;  
y en medio de sus gustos olvidada  
de quien la busca, quando más perdida;  
rigorosa permite, que influencia  
castigue tanto error con pestilencia.

En forma categórica y contundente afirma Orobio que la epidemia que azotó a Málaga es obra de Dios, quien la

<sup>8</sup> Vide Révah, *Annuaire du Collège de France* 70 (1970) 568: «nous avons soigneusement étudié cet exercice littéraire typiquement marranique dont l'auteur avait alors dix-neuf ans. Il va dire que le poème aurait pu être signé par le plus fervent devot du Christ, de la Vierge et de tous les Saints, par le fidèle plus soumis de l'Eglise catholique».

castigó por los pecados de sus habitantes. Para explicitarnos a qué pecados se refiere recurre Orobio al término «error». En la época que abordamos tal término define frecuentemente una creencia herética. En la España de aquellos años era incluso sinónimo de herejía o apostasía<sup>9</sup>. Así aparece también en la literatura apologética de los judíos sefaradíes de Europa occidental en el siglo XVII, aunque en estos textos es usada para denunciar lo que consideran las desviaciones de la fe cristiana<sup>10</sup>. El propio Orobio escribió en una de sus obras en Amsterdam después de haber retornado públicamente al judaísmo: «en los cinco (*sic*) Libros de la Ley, como en los Prophéticos se advirtió contra los errores de la Gentilidad y muy particularmente del Christianismo»<sup>11</sup>.

¿Acaso no se refirió Orobio en su poema sobre la peste en Málaga a los «errores» del cristianismo, a causa de los cuales Dios supuestamente ha castigado a toda la ciudad? Corresponde señalar que la estrofa mencionada es una de las pocas en todo el poema en la cual Orobio define el concepto de Dios sin recurrir a ninguna figura cristológica o antropomórfica. Dios es mencionado como «causa no causada» y parece no ser accidental la preferencia de Orobio por ese concepto en lugar de los cristológicos que no tuvo

9 Así, por ejemplo, en la Sentencia Estatuto de Pedro Sarmiento promulgada en Toledo el 15 junio de 1449: «e parece evidentemente ser personas muy sospechosas en la santa fe catholica de tener e creer grandísimos errores contra los articulos de la santa fe cathólica...». (Vide Y. F. Baer, *Die Juden im christlichen Spanien* II (Berlín 1936) n. 302, p. 316). Tal es también el significado del término en muchos documentos inquisitoriales. Vide, por ejemplo, H. Beinart, *Records of the Trials of the Spanish Inquisition in Ciudad Real* I (Jerusalem 1974) 71: «e yo nunca quise yr con el, temiendo que faria beuir en el error que beuia». Vide el término «errar» en S. de Covarrubias, *Tesoro de la lengua española o castellana*, ed. M. de Riquer (Barcelona 1943): «yo pecador mucho errado».

10. Vide en el escrito de un «converso» que volvió al judaísmo, del año 1650, en A. S. Halkin, 'A Contra Christianos by a Marrano', *M. M. Kaplan Jubilee Volume*, English Section (Nueva York 1953) 412: «Vean aquy vmds, cómo apartándose de la ley de Dios y de lo que ella manda, todos van errados». Vide en una plegaria de conversos de fines del siglo XV (Y. F. Baer, *op. cit.*, n. 407, p. 482): «Ca a ti, sennor, digo mi culpa e propongo, sennor, en mi coraçon de non errar contra ti de aqui adelante e de fazer emienda de lo que he herrado...».

11 Ishack Orobio de Castro, *Prevençiones Divinas contra la vana idolatria de las gentes*, manuscrito de la Biblioteca Ets-Haim-Montezinos, Amsterdam, 48D6, 287r.



reparo en usar en muchos otros pasajes del poema <sup>12</sup>. Tal vez lo hizo para distinguir entre lo auténtico de esta estrofa en la cual habla de «la causa inmensa» con lo sustentado en las otras partes del poema en las cuales, apremiado por su peculiar situación, se ocultaba detrás de una fe que no era la suya. Tal vez resuene en esa estrofa el eco de su profunda afinidad espiritual al afirmar que la peste de Málaga es el castigo que Dios impuso sobre una ciudad que peca por profesar, según él, una falsa fe.

Si tal conjetura es sensata, podremos afirmar que Orobio logró expresar en su poema, bajo la máscara impuesta por la espinosa realidad, una partícula de sus más secretas reflexiones sobre la sociedad cristiana católica con la cual fue forzado a convivir y sobre sus valores religiosos que aparentó aceptar en contra de su voluntad.

Epilogo | de lo que | passo en la peste de | la ciudad de Malaga  
este año de | 1637.

Dedicado al insigne | Colegio de la Madre de Dios de los Teologos, |  
de la Universidad de Alcala.

Por el licenciado Don | Baltasar Alvarez de Orobio, Colegial | del  
mismo Colegio y natural | de Malaga.

Con licencia en Malaga, por Iuan Serrano | de Vargas y Vrueña,  
Año de 1637.

[1v] Al Insigne Collegio (*sic*) de | la Madre de Dios de los Theolo-  
gos | de la Universidad de Alcala.

- 1 Teatro illustre, archivo de la sciencia,  
Tesoro de eloquencia,  
A quien insigne, hasta la imbidia llama,  
Materia dando al Canto de la fama  
5 Atiende al son de un rustico instrumento,  
que en lastimosas voces divertidas,  
Temiendo si del vulgo el vituperio  
Ocaziona tristeza al pensamiento,  
Perdidas tantas, descriviendo vidas,  
10 Que es funesto terror à este emisferio.

<sup>12</sup> Vide p. 5r., 8r-v, 10v-11r, 12r, etc. expresiones como sacro Pan, Pan divino, Olio y Dios Sacramentado, Madre de Piedad, nieta Dios en carne humana, etc.

- No ambiciosos aplausos solicita  
 De mi ruda camena el tosco acento,  
 Vana esperançã, no mi pluma mueve,  
 ni presuncion inadvertida incita :  
 15 De propia obligacion de vido intento  
 Inculca Lyra à descrivir se atreve:  
 Atiende pues, o celebre liceo,  
 De la parca el mas tragico trofeo.

*El Lic. Don Balthasar Alvarez de Orobio*

[2r] Breve Epilogo | de lo que passo en la | Peste de Malaga, Año de  
 1637.

- 1 Concede (o Clio) a estancias lastimosas  
 sonoro el son, y tristes los acentos,  
 voces no inspires, a mi lengua hermosas,  
 dignas de alegre canto, y mas alientos;  
 5 pues para cantar cosas tan penosas  
 retorica son claros sentimientos:  
 mueve mi pluma, a que funesta cante,  
 y tanto mueve, que su canto espante
- Bellos matices renovaba el prado  
 10 pagandole al Abril tributo en flores:  
 de plantas odoríferas poblado,  
 beldades ostentava en sus verdores:  
 mas claro nunca de Faeton dorado  
 el sacro Padre comunicó ardores,  
 15 quando a Malaga tanto mal oprime,  
 que llora Telus y Neptuno gime.
- 1 [2v] La Causa inmensa, y Causa no causada,  
 por delitos humanos ofendida,  
 pretende a esta Ciudad, ya dessolada,  
 dar con justicia más constante vida:  
 5 y en medio de sus gustos olvidada  
 de quien la busca, quando más perdida;  
 rigorosa permite, que influencia  
 castigue tanto error con pestilencia.
- Llega primero el mal, aunque encubierto  
 10 con sus claros efectos ofendiendo:  
 empieza a divulgarse con un cierto  
 rumor del Pueblo, que ya esta temiendo  
 derriba algunos, sin bastar acierto  
 de arte Apolinea, que le va ocurriendo:  
 15 que quando llega del morir la suerte  
 no ay remedio eficaz, y ay cierta muerte,

El gran castigo conocio la pleue  
 que ya por la Ciudad se dilatava,  
 cada qual mira lo que al Cielo deve,  
 20 y atiende a muchos, q ya el mal acaba:  
 el vulgo ciego, que a su Dios se atreve,  
 los precautorios, y clausura alaba,  
 sin mirar, que si está Dios ofendido,  
 negocia mas humilde, que escondido.

1 [3r] Empieça otro rigor, que juntamente  
 al mas constante coraçon aflige:  
 faltan los alimentos a la gente  
 aunque el sacro Pastor tal mal corrige,  
 5 disponiendo piadoso, si prudente,  
 comun limosna, a cuyo fin ellige  
 noble un criado de piedad armado,  
 que en las armas mostro ser su criado.

La dura parca con su accion prosigue  
 10 joven hilo y adulto destroçando:  
 tanto el rigor de su tixera sigue,  
 que es el matar, el ir amenaçando,  
 y con tanta crueldad el mal persigue  
 que a quantos va ofendiendo, va matando,  
 15 ocasionando en timidos espantos  
 infaustas penas, lastimosos llantos.

El Marqués diligente de la Rosa  
 cuya prudencia a Malaga sustenta,  
 ocurre a esta tragedia lastimosa  
 20 al uno ampara, quando al otro alienta,  
 su persona permite, que animosa  
 de todas partes el peligro sienta,  
 andando entre los muertos tan galante,  
 que es a la muerte afrenta, si arrogante.

1 [3v] Formase un Hospital, con advertencia  
 de escusar el contagio, que se enciende,  
 señala del Cabildo la prudencia  
 (que estorvar solo tanto mal pretende)  
 5 hombres cuyo cuidado, y assitencia  
 alivia el daño, a quien el mal ofende,  
 devido, sin faltar medicamento  
 sobrada cura, y prodigo alimento,

Divagan muchos hombres diligentes,  
 10 llevando al Hospital al que padece,  
 pues de los padres, hijos, y parientes  
 ninguno a verle, ni a assistir se ofrece,  
 cosas tan tristes, trances tan urgentes,  
 que huye el marido, y la muger perece,

15 dexa su alvergue apenas, y se ausenta,  
quando el mismo rigor experimenta.

Prestos los cavalleros Regidores,  
con noble zelo, con Christiano intento,  
los medios mas seguros, y mejores  
20 buscan, por dar en tanto mal aliento:  
siendo tan a su cargo los dolores  
de la Ciudad, y el justo sentimiento,  
que era morir, en ocasion tan dura,  
pena menor, que ver tal desventura.

1 [4r] La peste apenas con rigor derriba  
hombre qualquiera, quando al punto llegan  
unas andas, en quien del bien estriva  
la mayor parte, porque en ellas llevan,  
5 toda persona enferma, o ya no viva,  
sin que ningunas escusarse puedan,  
y assi aunque el mal se aumenta, y multiplica,  
tan facilmente no se comunica.

Crece el numero tanto de los muertos,  
10 que les falta sagrado al enterrarlos  
recurre la piedad a los desiertos,  
hazen carneros para sepultarlos,  
donde con poca tierra, y cal cubiertos  
apenas ay lugar adonde echarlos,  
15 siendo en aquesta sin defensa guerra,  
dulce lisonja siete pies de tierra.

Timido el Pueblo, hazia los campos huye,  
ocupando los vientos sus gemidos:  
choças el miedo, de arboles construye,  
20 tristes dexando ya los patrios nidos,  
crece el contagio, la Ciudad destruye  
adonde buelven de la peste heridos,  
todos pidiendo en tanto desconsuelo  
remedio humano, si piedad al Cielo.

1 [4v] Lloro Malaga sola, y despoblada,  
solo de penas, y desdichas llena:  
no ay casa en ella que no este cerrada,  
siendo una general, y comun pena,  
5 de cuerpos muertos (o, dolor!) sembrada  
está su selva, en otro tiempo amena:  
en una casa ayer suspiros davan,  
y oy salen muertos los que ayer lloravan.

Sucedio en la Ciudad un caso estraño,  
10 muy digno de admirarse, y referirlo:  
conociendo una Mora el desengaño

creyo el Baptismo, y quiso recibirlo,  
 y previniendo en la tardança el daño,  
 no cessando la Mora de pedirlo,  
 15 antes que el mal llegasse a desalmarla  
 un Religioso quiso Baptizarla.

Hallose à aquesta accion presente un Moro,  
 y sintiendo el desprecio de su seta,  
 por impedir a la alma tal tesoro  
 20 el braço al padre con furor aprieta,  
 Barbaro sin respeto, y sin decoro:  
 voces da el Religioso, al vulgo inquieta,  
 que a voz de moros, y de Sacramento  
 dize, mueran los moros al memento,

1 [5r] Que era, se persuadio la turba loca,  
 el sacro Pan, de su altivez despojo;  
 la Fe le incita, y a vengar provoca,  
 si incierto agravio, su devido enojo:  
 5 mientras a guerra la campana toca,  
 al uno dexan muerto, al otro cojo;  
 donde huye el Moro, alli el peligro encuentra  
 y sale la alma, por do la alma le entra.

Otra sospecha incierta nacio luego,  
 10 que estando la ciudad inadvertida,  
 el Alarbe esquadron quiere con fuego,  
 que Malaga se atienda destruida:  
 impetuoso el vulgo, ardiente y ciego,  
 quita a los Moros con rigor la vida,  
 15 haziendo que aquel barbaro trofeo  
 vaya a pisar las ondas de Letheo.

A lastima movia el tierno llanto,  
 que forman en su mal los Sarracenos,  
 estavan todos con dolor y espanto,  
 20 viendo a sus hijos, y a los padres menos:  
 levantase una voz del vulgo, en tanto,  
 diziendo: Los Arabigos obcenos,  
 divino del Altar llevan sustento,  
 propicio el mar, y favorable el viento.

1 [5v] No queda mozo que atrevido y fuerte,  
 no quiera con sus armas embarcarse,  
 va un esquadron. espanto de la muerte,  
 a alcançar a los moros, y vengarse,  
 5 teniendo cada qual a buena suerte,  
 brazo robusto hallar donde emplearse;  
 temio Neptuno la animosa gente,  
 y le rindio su timido tridente.

Quando unos Lusitanos este dia,  
 10 por huir de la peste, con destino  
 de llegar a su patria, y alegria,  
 salen del puerto en diafano camino:  
 llegan los Castellanos, y a porfia,  
 alma se hazen del breado pino,  
 15 danles entrada con sencillo pecho,  
 y ellos intentan un inorme hecho.

Empiezan a robarles sus haziendas,  
 hiriendo al que procura la defensa,  
 no contentos de aver sus ricas prendas,  
 20 con heridas a tres hazen ofensa,  
 por robar, entre si tienen contiendas,  
 sin que de la razon el freno vença;  
 en rojo humor dexan ya bañados,  
 y con alma, se buelven desalmados.

1 [6r] Supo el noble Marques desdicha tanta  
 y haziendo información justa primero,  
 haze que paguen dos con la garganta,  
 sin bastar ruegos, ni admitir tercero:  
 5 otros azotes, su justicia canta,  
 que es tanto como sabio justiciero:  
 luego patente se miro el engaño,  
 y se sintio de la morisma el daño.

En tanto, la ciudad sus males siente,  
 10 ya perdido el vigor, y sin aliento,  
 menos dolor tal daño no consiente,  
 pues en un dia mueren mas de ciento:  
 los Capuchinos, con amor ardiente,  
 por aliviar tan rigido tormento,  
 15 andando entre el peligro de los malos,  
 pobres reparten, providos regalos.

Luego su Magestad, que guarde el cielo,  
 en los lugares mas circunvezinos,  
 Alcaldes pone, que con noble zelo  
 20 den alimento, y guarden los caminos;  
 siendo en aquesto tanto su desuelo,  
 que humanos si, parecen ya divinos,  
 pues fue con abundancia su remedio  
 para vivir, en tanta muerte, el medio.

1 [6v] Quando los Reynos mas necesitados  
 de acudir a las guerras con dinero,  
 mirò su Magestad los desdichados,  
 que padecen miseria en mal tan fiero:  
 5 liberal libra treinta mil ducados,  
 que entriega el de millones Tesorero;

y assi celebra el pueblo, aunque no sano,  
mano de un Rey, divinamente humano.

Muchas nocturnas se hazen Procesiones,  
10 a caños derramando el humo rojo,  
todo son voces, todo exclamaciones  
al son de azote, y de delgado abrojo:  
ya no rezan, si lloran, oraciones,  
para aplacar de Dios el justo enojo,  
15 ningunos llanto tan devido niegan,  
lagrimas todas a la tierra entriegan.

Con fuertes sogas muchos van atados,  
por desatar de su pecado el nudo,  
otros van por la calle arrodillados,  
20 siendo al demonio la rodilla escudo:  
otros en las espadas van aspados,  
el medio cuerpo palido desnudo;  
los niños tiernos, en común concordia,  
piden llorando, a Dios misericordia.

1 [7r] Un juyzio final Malaga obstenta  
en voces tristes, llantos lastimosos:  
remedio en vano el temeroso intenta,  
pues a los de salud mas cuydadosos  
5 la dura muerte, de matar hambrienta,  
ocasiona desastres dolorosos,  
hiriendo sea, al que en los montes solo,  
dexa apenas llegar la luz de Apolo.

Ay en el hospital cuydado grande  
10 de socorrer a tan tremendos males,  
no ay corazon tan duro, a quien no ablande  
el ver destrozos de la muerte iguales,  
ni quien limosnas licitas no mande,  
y viendo ya morir los oficiales,  
15 su adversa teme, cada qual, ventura,  
pues sobra el mal, y falta ya la cura.

Todo, el Obispo y el Marques, atienden,  
que en valor ambos, y piedad, florecen,  
valientes, tanto mal vencer pretenden,  
20 cosas haziendo, donde convalecen  
los que huyen a la muerte, y se defienden  
de los rigores, que furiosos crecen,  
con tal prisa, que llenos los primeros,  
hazen para enterrar, otros carneros.

1 [7v] Confuso el hospital, es cosa estraña,  
verlo que incluye, y espantoso encierra:  
unos con frenesi, con rabia y saña

mueren, tascando de furor la tierra;  
 5 otros, a quien el juicio no se daña,  
 sienten el mal, que fuerte le haze guerra;  
 este gime, aquel llora, el otro muere,  
 y llegan otros, que la peste hiere.

En tanto que veloz, la parca fea,  
 10 desune almas de cuerpos animosos,  
 el boraz elemento al cielo humea,  
 quemando muchos bienes muy preciosos,  
 sin ser exceso, que al mirarle crea  
 cualquiera, viendo fuegos tan briosos,  
 15 (de ignea exalacion, si no está ciego)  
 que baxò al suelo la region del fuego,

El Cabildo Ecclesiatico resiste  
 a tanto daño, si animoso, estable,  
 mientras el mal al mas guardado embiste,  
 20 sin guardarse se muestra incontrastable,  
 en cuya generosa mano assiste,  
 caridad liberal, piedad notable,  
 limosnas dando pues, dos Prebendados  
 andan a socorrer necessitados.

1 [8r] El Provisor, a cuyo pecho ilustre  
 le negocia el valor eternidades  
 dando a su nombre mas devido lustre  
 que admirò el mundo, y vieron las edades;  
 5 aunque la peste su salud deslustre,  
 propias negando ya comodidades,  
 sin observarse a tan molestos males,  
 visita con amor los hospitales.

El Alcalde Mayor, con fe gallarda,  
 10 lo que conviene a la ciudad ordena,  
 negociando el remedio, nada tarda,  
 por dar alivio grande a grande pena  
 su vida, liberal, tan poco guarda,  
 que a la parte que ve de enfermos llena  
 15 llega atrevido, con amor visita,  
 y dando alientos, desalientos quita.

El Pan divino, si vida del hombre.,  
 executa piedad donde castiga,  
 que disfrazando el Pan su excelso nombre,  
 20 de tanto daño la crueldad mitiga,  
 no admite Palio, por tener renombre  
 de Capitan que a penitencia instiga,  
 pues dando vida aqui, y alli matando,  
 a los mismos que mata, va animando.



1 [8v] Mueren los Curas, otros sostituyen,  
 que con el Olio, y Dios Sacramentado,  
 el peligro buscando, el mal no huyen,  
 fe constante y solícito cuydado:

5 à mucha dicha todos atribuyen  
 aver a tiempo con su Dios llegando:  
 llama al Cura una casa desdichada,  
 y no ha llegado quando esta assolada,

Los Capuchinos a curar se ofrecen,  
 10 imbida dando a aquella sierpe alevé,  
 entranse al hospital, donde parecen  
 exercito de Dios, que guerra mueve:  
 diez y ocho, curando, allí perecen,  
 y aunque a sus cuerpos tanto mal se atreve,  
 15 es su muerte una pena lisonjera,  
 con que se passan a mejor esfera.

Los que nombre tomaron del Carmelo,  
 insigne Religion, lo mismo intentan,  
 procuran dar contra el rigor consuelo,  
 20 todas sus vidas con piedad presentan,  
 passando muchos deste suelo al cielo,  
 con otros Religiosos que se alientan,  
 qual el casto Ioseph, dexando santos  
 la vida al mundo, quando no los mantos.

1 [9r] Algunos Cavalleros advertidos,  
 mirando los castigos que amenazan,  
 tímidos, de su culpa arrepentidos  
 enfermos curan, con amor abrazan  
 5 a los que el fiero mal tiene rendidos,  
 con los frios cadaveres se enlazan,  
 apartando, divinamente altivos,  
 los ombres muertos, de los cuerpos vivos.

El sacro dia de San Juan Bautista,  
 10 a quien hasta los barbaros festejan,  
 dozientos y setenta en una lista  
 se escriven hombres, que la vida dexan,  
 sin otra muchedumbre, que no vista,  
 causa pavor a los que mas se alejan,  
 15 pues sin numero, en rusticos desiertos,  
 ay poblaciones de los cuerpos muertos.

No basta un hospital a tanto estrago,  
 diligente el Marqués otro dispone,  
 porque prudentes curen con halago,  
 20 Medicos doctos a estos males pone:  
 la misma execucion es el amago;  
 con que la peste ya al viuir se opone,

pareciendo que casi en solo un punto  
ay sano, cae enfermo y es difunto.

1 [9v] La Religion Serafica, animosa,  
acredita el valor, desmiente el miedo,  
sus efectos mostrando generosa,  
que en tosco acento celebrar no puedo,  
5 atiloca la fama venturosa  
cante, pues mi thalia canta quedo,  
mostrando, que sus rusticos sayales  
tienen virtud para curar los males.

Passan por la ciudad mucho ganado,  
10 para que humido el ayre purifique,  
solo se atiende ya, y pone cuydado  
en que el mal no se aumente y multiplique,  
el hombre mas confuso y mas turbado,  
su virtud hace que el enebro explique,  
15 haziendo que movido a calor summo,  
despida olores de su cuerpo en humo.

Una Iunta se haze, que compuesta  
de ambos Cabildos, refrenar procura  
daño, que tanto a los vivientes cuesta,  
20 que es el morir descanso, sino cura:  
dudase alli, y ofrece la respuesta,  
el que discurre con mayor cordura,  
proponiendo las cosas que convienen  
a males tantos, como sobrevienen.

1 [10r] Muchos suspensos, con enfermo sueño,  
con racionales almas animadas,  
dando lugar pestifero beleño  
fueron en los carneros sepultados,  
5 y dispersando al ultimo despeño,  
passaron plaza de resucitados,  
y aunque de viva calla carne herida  
se curaron, y gozan desta vida.

Una muger, mirando el trance estrecho,  
10 en que solo ha de aver una mortaja,  
con vivo brio, aunque con muerto pecho,  
busca de lienço la mejor alaja,  
y atendiendose sola, buelve al lecho,  
donde su cuerpo, aun vivo, se amortaja;  
15 despues la hallaron muerta con espanto,  
humido el rostro de su tierno llanto.

En este tiempo se admiró una cosa,  
que para el miedo fue bastante assunto;  
alçando de una bobeda la losa

20 para enterrar dos hombres un difunto,  
 se exalo una sustancia vaporosa  
 de un cuerpo muerto que alli estava junto,  
 y en maligno va por ambos ahogados  
 quedaron por si mismos sepultados.

1 [10v] Querer dezir en metros numerosos,  
 lo que en confusa voz canta la Fama  
 Es querer de los astros luminosos  
 Obscurecer la luz, cegar la llama:

5 solo dire, dos niños lastimosos,  
 que muertos con su madre en una cama,  
 fueron de la piedad imagen cierta,  
 asidos ambos de la madre muerta.

No del alto tonante ardiente rayo,  
 10 con tanta furia a lo que encuentra hiere,  
 no causa en el viviente tal desmayo,  
 suelto el Leon, que ya matarle quiere:  
 es cualquier muerte de la muerte ensayo  
 viendo la gente, que de peste muere  
 15 con tanta brevedad, violencia tanta,  
 que aun a la muerte tanta muerte espanta,

Entre tanto temor, tantos azares,  
 nadie a la Madre de Piedad olvida,  
 devotos hazen por la calle Altares,  
 20 sin que el llanto comun al gozo impida:  
 pues al son de su nombre, los pesares  
 en lugar de dar pena causan vida,  
 que adonde está de todo el bien la fuente,  
 sobran las dichas, y no ay mal presente.

1 [11r] Dos en particular la calle Nueva  
 erige Altares, que fulgentes luzen,  
 de su constante amor bastante prueba;  
 preciosas piezas todos les conducen:  
 5 no ay instrumento que la voz no mueva,  
 dulces concentos, musicos, producen;  
 y parece, que son las negras horas,  
 si opuesto el Sol, mas candidas Auroras.

Aunque no crece el mal, está constante,  
 10 ya no se estrañan los que fuerte mata,  
 del corazón humilde al mas gigante  
 teme el rigor con que la peste trata:  
 todo pecho, aunque sea de diamante,  
 en lagrimas copiosas se desata,  
 15 porque al mas duro llega ya ablandalle  
 ver olear los hombres por la calle.

El Santo, que del nectar dulcemente,  
 que a Dios alimentó, bevio suave,  
 el gran Bernardo, que resplandeciente  
 20 su intercession, el mal haze que lave;  
 galante, haziendo en obras evidente,  
 que Dios le dio de la salud la llave,  
 mientras piadoso tanto estrago mira,  
 haze portentos, que la tierra admira.

1 [11v] Al glorioso Francisco un feliz dia,  
 fundador de los Minimios mayores,  
 como por experiencia se sabia,  
 que sus remedios eran los mejores,  
 5 acude el pueblo, con intención pia,  
 para participar sus esplendores,  
 que es el gran Paula, Santo muy piadoso,  
 pues tiene por blason ser amoroso.

Sacanle en procession de la Vitoria,  
 10 al triste, de su luz rayos despide  
 con que convierte la tristeza en gloria,  
 al que en suspiros su favor le pide:  
 mas dilatada necessita historia,  
 el celebrar que su presencia impide  
 15 tanto mal, que en mirando su presencia,  
 haze salud la misma pestilencia.

Sus rayos el dorado Apolo buelve,  
 por la vereda que dexó luziente,  
 ligeros sus cavallos ya rebuelve,  
 20 crepusculos dorando del Oriente,  
 quando viendo, que el mal, Francisco absuelve,  
 instrumento es de Dios clama la gente,  
 pues si ciento, el dia antes perecieron,  
 la mitad el siguiente no murieron.

1 [12r] Llega el dichoso dia de Santa Ana  
 de cumplida salud dando esperança  
 permite ya, piadosa y soberana,  
 a pestifero mal dulce bonança,  
 5 rogando al nieto Dios en carne humana,  
 que diesse el premio a tanta confiança,  
 y el que el Orbe gobierna, y todo puede,  
 dexa la espada, y la salud concede.

La gente ausente, a la ciudad se acoge,  
 10 que si timida fue, contenta viene,  
 ya no ay peste que aflija, mal que enoje,  
 casi nadie en el campo se detiene:  
 la gente del temor se desencoje,  
 y en dicha tanta como sobreviene,

15 unos sus males, lastimados, quantan,  
y otros dichosos, al lloroso alientan.

El dia de la Madre inmaculada,  
que el mes de Agosto, alegre ve la tierra,  
dando gozo a la gente tan causada,  
20 el primero hospital la ciudad cierra;  
y a los seis de Setiembre, libertada  
del contagioso mal, que dava guerra.  
cierra el otro hospital, quedando ufana,  
si lastimida ya, del todo sana.

1 [12v] Los que en Malaga a peste fueron muertos  
con diferencia en la ciudad se quantan,  
de casas, hospitales y desiertos,  
los que con mas verdad dezir intentan,  
5 quince, o diez y seis mil describen ciertos,  
aunque muchos el numero acrecientan,  
quantos dichosos viven, que enfermaron,  
al contarlos los numeros faltaron.

El Obispo y Marqués, que en propios hechos  
10 materia dan con que el valor se assombre,  
obran tan fuertes con piadosos pechos,  
que cada qual se niega ya al ser hombre,  
visitando los mas humildes lechos,  
con que acrecientan a su nombre el nombre,  
15 siendo impossible en su valor vencerles,  
timido el mal, no se atrevio a ofenderles.

Ya el infausto de Malaga destrozo  
en concursos alegres se convierte,  
ya, gozando salud, es todo gozo,  
20 ageno ya de tan violenta muerte;  
suspenda ya mi pluma el alborozo  
de tan feliz, en tanta pena, suerte,  
porque funesta se oyga mi thalia,  
desde el Septentrion al Mediodia.

FIN

YOSEF KAPLAN